

CRÓNICAS DE UNA ZONA ROJA

Matías Atencio

Palabras de Villa María

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2010
Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
Consultas: planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar
República Argentina, 2010
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010
Colección: Palabras de Villa María

Universidad Nacional de Villa María, Córdoba
AUTORIDADES
Rector: Abog. Martín Rodrigo Gill
Vicerrector: Cra. María Cecilia Ana Conci
Secretaría de Extensión: Mgter. Omar Barberis
Secretaría de Comunicación: Lic. Santiago Druetta
Secretaría de Bienestar: Abog. Luis Negretti
Director Editorial: Mgter. Carlos Gazzera
Carlos Pellegrini 211 P.A. - (5900) Villa María, Córdoba - (54) (353) 453-9145
www.unvm.edu.ar
e-mail eduvim@unvm.edu.ar

Fotografía de Portada: © Gabriel Riobó

Eduvim agradece a Gabriel Riobó la fotografía utilizada en la portada de este libro, de uso exclusivo para esta colección.

Atencio, Matías
Crónicas de una zona roja. - 1a ed. - Villa María : Eduvim, 2009.
12 p. ; 20x14 cm. - (Programa de fomento de la lectura en adultos con autores cordobeses 2009-2010; 5)
ISBN 978-987-1518-86-9
1. Narrativa Argentina . I. Título
CDD A863
Fecha de catalogación: 04/12/2009

Estos textos fueron seleccionados por la Universidad Nacional de Villa María y la Editorial Universitaria Villa María.

CRÓNICAS DE UNA ZONA ROJA

MATÍAS ATENCIO

UNA CHICHERíA

Sucre. Capital de la República de Bolivia. Departamento de Chuquisaca.

La chichería se encuentra sobre una avenida a pocas cuadras de la plaza de armas. Tiene una puerta de chapa que está oxidada, con agujeros por donde sale humo de tabaco y cilindros de luz blanca. Desde afuera sugiere un ambiente pesado, pero también de diversión y descontrol; se escuchan algunos suspiros de hombre que se emborracha después de una dura jornada y gritos eufóricos de libertad absoluta, de desinhibición total producidos por la graduación alcohólica de la chicha de maíz.

Adentro, la cumbia triste de "Las chicas mañaneras" del Perú: *"si te quieres ir, te arrepentirás… eres un ingrato ia la pagarás"*, alguien golpea el culo grueso de un vaso de vidrio contra la mesita de madera, un fondo blanco y en el fondo la borra del maíz: *"otro pues dame señorita"* dice un papacho de sombrero, los ojos rojos, encendido el rostro moreno. Los otros papachos estallan en fuertes carcajadas.

Doña Tempora, la dueña de la casa cuenta sonriendo de manera picaresca que *"siempre ay que aumentar unos frasquitos de alcohol, para que la chichita emborrache más rapidito"*.

Trabajos empíricos acerca de alucinógenos me situaron donde la doñita a probar la bebida incaica que da fuerza y coraje y se bebe en los festejos familiares y sociales en el Departamento de Chuquisaca, Cochabamba, Oruro y La Paz.

Una vez en la mesa una cholita con ojos negros me sirve una "jarrita" personal mientras me miran los parroquianos del lugar. Es que no está bien visto por la "opinión pública" de la elite clasista chuquisaqueña frecuentar una chichería porque se considera de "poca clase", de bajo nivel, lugar donde "solo van los cholos", los borrachos, los mujeriegos, los maleantes, los cleferos (chicos que aspiran clefa, léase fana) y las amistades peligrosas, pero mis trabajos de campo, observación y entrevistas en profundidad consisten en romper esas barreras de la buena moral y las sanas costumbres.

Ofrendo el primer trago a la Pachamama y bebo un vaso a fondo blanco, tal como son las costumbres del lugar, golpeo la mesa y siento la aprobación de los que me rodean: *"donde aprendihstes asi vosh Colorao"* dice uno de los viejitos más cercanos. Tiene los labios verdes tanto mascar coca, un saco azul grasiento y entre las manos su sombrero que acaricia mientras mira sorprendido. Para el viejo soy un gringo más de esos que se llevaron todo y que aún siguen llevándose, un turista blanco con dólares, otro jodido cabrón de los países imperialistas que recorren Latinoamérica por el cambio de moneda y por sus increíbles paisajes, que viajan rápido, que

desconfían de todos y que se hospedan en lugares caros para salir temprano por la mañana con la cámara digital hacia Potosí, a visitar el diablo del socavón, el pozo que se comió millones de indios y esclavos africanos. El viejo está sorprendido de que un blanco le ofrezca un trago a la madre tierra.

La chicha pega de una manera extraña, es diferente a la alegría de la cerveza e indiferente a las cavilaciones profundas que produce el vino, Después de la primera jarra siento un poco de mareo, labio inferior caído y ojos brillosos clavados en un almanaque del M.A.S. (Movimiento al Socialismo) que hay en la pared, pero a la vez los músculos parecen tensos y renovados, la bebida produjo energía en todas las fibras del cuerpo, tanto como para salir a la calle y enfrentarse de puños con quien sea, además no tengo dolor en las piernas y ya no da para estar sentado, una gran euforia que no puedo controlar me supera. La bebida espirituosa de los incas para salir a la guerra.

Decido fumar un rato para relajarme: "*apamuy iskay cigarro pues señora*" , "*… a tres por un boliviano*"–me contesta la doña Tempora– "*ia ia ia*"– dame rapidito pues señorita, le digo a la doña témpora que esboza una sonrisa cómplice acepto la oferta y la mujer ahora me mira de pies a cabeza "*donde has aprendido vosh el queshua*". Las chicas mañaneras cantan cada vez más fuerte: *"–trato de olvidarlo, pero no puedo, cuanto más cerveza más y más me acuerdo–"*, el sonido es con fritura, como de tocadisco antiguo, alguien acaba un fondo blanco y golpea la mesa –carcajadas– uno se levanta y viene a mi mesa, mano en el pecho, sonrisa de borracho, ojos hinchados "*para vosh pués mister*", alarga la mano y me entrega un poco de hierba boliviana: "*where you from mister*", "*argentino soy, gaucho soy pués*", "*este es un regalo para que pruebes la mota de por aquí, pues amigo gaucho… la gran puta*"… brindamos y nos fundimos en un abrazo de los que soñó Simón Bolívar.

ZONA ROJA

Qué pasa por la caie… nada… no pasa nada"
(Mano negra)

Cochabamba (Avenida Aroma). Temporada de lluvias. Trópico amazónico. Las 23:00 hs. Calor húmedo.

Todas las noches igual. Las calles parecen un río mugriento de papeles sucios, vasos plásticos y agua usada para lavar pisos. Los carteles mugrientos de los hoteles baratos chorrean óxido como una meada larga de borracho que ha bebido varios litros de cerveza *Taquiña*.

Hay poca gente "normal" a esta hora en los alrededores. La terminal está cerrada y la flota (ómnibus) se marchó rápidamente. Un grupo de niños mira cómo los automóviles que pasan a gran velocidad aplastan las más de cien latas de aluminio que juntaron durante el día. Una pareja de evangelistas esperan un

micro y me dicen que me quite de aquí, *"que es peligroso elay para andar a esta hora, por este lugar, que es la zona roja"* de Cochabamba.

En una plaza un viejo aspira pegamento con la botellita escondida en la mugrienta manga de su campera. El pelo parece una gigantesca rasta jamaiquina que abarca toda la cabeza; la ropa está negra de grasa y mugre que se le fue pegando con el tiempo. Tiene unos bigotes ralos, como peinados al medio y que llegan hasta la comisura de su boca. Se pega un *"chorro"* (trago) de alcohol. *"Mexicano soy… carajo pues… mexicano la gran puta… gringo mata pingo"*.

Las putas viejas esperan a los borrachos matones que salen de bares de mala muerte con ganas de culiar, de pegar, de joder, de sentirse machos. Escondidas en húmedos pasillos oscuros como la boca del lobo, fumando cigarros baratos sin filtro, haciendo cuentas, largando anillos que se ensartan en los cuellos de los clientes… como corbatas, como lazos imaginarios que atrapan hombres desesperados de mujer.

Las maricas caminan chequeando la pantalla del celular, caminan y paran, aguzan la vista y siguen, doblan el cuello y acercan la pantalla a la cara como descubriendo claves, como descifrando códigos, como arrebatando información sexual disponible de una gran red cibernética a la que no tienen acceso los otros de la zona roja.

Las viejas mamachas que se acostumbraron a tanto delirio nocturno, montan su pequeño puesto de ventas de chocolates, cigarros baratos, condones, tarjetas para celular, caramelos, pilas, velas. Bajo un toldo de plástico parchan la mercadería y crían a sus hijos que miran y aprenden. Aprenden de la miseria, de la vida, todo con sus grandes ojos como ventosas donde se pega la información antropológica.

Los *cyber* y cabinas telefónicas funcionan como no-lugares de una zona roja donde entran y salen gays, putas, indios, borrachos, amigos que salieron a tomar, vendedores, vagabundos que piden para comprar más clefa que se vende en cualquier ferretería, parejas de amantes, universitarios que buscan aventura, peligro. Todos forman parte del exacerbado proceso de globalización excluyente.

Los alojamientos son lugares de cuarta con baños derruidos que tienen los inodoros tapados y que chorreando su vómito infectuoso forman charcos malolientes que se extienden como pequeñas lagunas que todos pisan una y otra vez para dar vida a riachuelos de huellas que se dirigen en muchas direcciones, incluso a las mismas habitaciones.

"Puta… aquí son bastantes cochinos" –dice el empleado de la recepción del Alojamiento *Residencial Bolivia*. Todas las noches se sienta en la vereda a mirar el paisaje *"son esos collas cojudos carajo… todos pisa coca de mierda… sus abuelos, sus tatarabuelos todos pisa coca, todos cogoteros… peruanos de mierda, carteristas"*. El cochabambino y el cruceño odian a muerte a sus hermanos, los collas.

Los cleferos forman pequeños grupos en la Avenida Aroma. Se sientan a jalar Tolueno y en el viaje alucinógeno arrebatan carteras a las putas, pegan puntazos

y a veces pelean por el frasquito de pegamento. Los pacos o tortugas ninja (policías en moto) suben a las veredas, montan operativos de control, pero esto es la zona roja y los cleferos practican el libre albedrío, como una película de ciencia ficción donde se muestran las calles del mundo dentro de miles de años, todo derruido, corrompido, los humanos viviendo en manadas como hienas.

Estoy instalado en el alojamiento. La pieza que me asignaron tiene dos camas, entonces lo miro asombrado. –Es para compartir –me dice el tipo –*Está seguro de que no tiene ninguna individual*…, pero aquí las piezas individuales no son un buen negocio.

Resignado a esperar lo que sea, saco las sábanas y las frazadas. Extiendo la bolsa de dormir, ato la mochila debajo de la cama y me coloco un puñal de viajero en la cintura (un cuchillo brasileño que encontré caminando en plena selva amazónica y que me acompaña desde entonces).

La pieza tiene una ventana que da a la calle y abajo, en la vereda hay un boliche Karaoke. La cumbia brota a borbotones, como una herida producida por material filoso. Se escuchan puteadas, vasos rotos, peleas esporádicas, gritos. Es una noche bastante fulera y en la pieza contigua alguien arrastra la cama de fierro, la levanta, resopla, se sienta y comienza con la empresa de nuevo. Me levanto y voy a echar un vistazo. Me encuentro con un travesti moreno, de estatura más bien baja, de edad mediana, gordo de mejillas infladas y ojos achinados. Tiene una pollera escasa de colegiala a cuadros, una camisa blanca arremangada y en la cabeza luce dos colitas como las colegialas calientes del cine porno. Está borracha, transpirada y busca algo en una de las patas de la cama. Sus ahorros que ya no están.

Vuelvo a la habitación y cierro la puerta por dentro con la otra cama, mientras pienso que sería mejor no compartir la pieza con nadie, pero bueno… por quince bolivianos. Trato de descansar del largo viaje, pero tengo el cuerpo dolorido por el paseo de diez horas desde La Paz hasta aquí. De repente golpean la puerta *"–abra por favor… abra por favor"*, es el compañero de habitación. El tipo no trae equipaje y se acuesta vestido sin sacarse los zapatos, mirando el techo. Prende un cigarro y habla *"–de donde venís"*… Es una de las maricas que vi en la calle.

EL OSO HORMIGUERO
Argentina. Córdoba. Villa Nueva.

Viernes, tres de la madrugada. Noche cálida y estrellada. Un barrio lejano donde no llegan los rumores del centro de la ciudad, la locura consumista y los amarillos oxidados de las luces de neón.

Hay una casa sola en una calle sin luz, tiene dos habitaciones y un extenso patio trasero que se confunde con la oscuridad de los terrenos baldíos sin desmalezar. La fachada está derruida por el tiempo y la despreocupación de su habitante. Un gigantesco pedazo de plástico blanco hace de tapial que esconde las ver-

dades a los ojos de la vecindad.

Adentro ilumina la habitación principal un foco amarillo de poco voltaje. Hay un extenso sillón que al parecer sirve de cama y que en las reuniones hace de asiento hasta para cuatro personas.

La puerta de la entrada es de chapa y está escrita con frases de cuchillo oxidado como las que hay en los baños públicos. Hay un cenicero de madera con un largo pie torneado que llega hasta las rodillas, está lleno de colillas de cigarros y etiquetas de marcas importantes aplastadas, papeles de aluminio aboyados y cenizas que exhalan su aliento de nicotina sucia, perjudicial.

La habitación contigua está delimitada por una cortina naranja que hace de puerta, pero que en este tipo de reuniones, más distendidas, se mantiene con la luz apagada, hasta que hay que hablar de negocios.

El piso está gastado por el ir y venir de zapatillas de lona ansiosas que entran y salen, que traen tierra y barro a la habitación. De las paredes faltan cáscaras que dejan ver a la fosforescencia naranja de los ladrillos cocidos en horno de barro.

En un rincón existe una pequeña biblioteca de bolsillo, esas que se compran en fascículos mensuales. Hay unos diez ejemplares similares a las Biblias gratuitas que reparten los gedeones, con tapa de color bordó que en el lomo ostenta el título de *"Literatura universal"*. También, bajo el foco cagado por las moscas hay una mesa con los "restos fósiles" de lo que fueron cajas de vino tinto barato, más etiquetas de cigarrillos, botellas de gaseosas populares cortadas por la mitad y calentadas con un encendedor por una mano habilidosa para eliminar los filos y que ahora sirve de jarra popular que gira por los que están en círculo.

En la mesa hay una lonja de mármol pulido que utilizan para moler las piedritas y un cuchillo.

Suena el cuarteto en un centro musical con luces que se prenden y se apagan, de esos que la gente intenta ganar en los juegos de habilidad de los parques de diversiones. Todos los que están sentados tomando vino en la jarra que gira están serios y con las mandíbulas apretadas, los dientes rechinando, los ojos grandes como platos, la mirada perdida en los dibujos con aerosol de colores que alguien pintó rápido en la pared y que intentan simular las pintadas territoriales de las pandillas de las *favelas* brasileñas.

Dentro del grupo estático hay uno que está siempre parado. A veces, ensaya un paso de baile casi burlón, mueve los brazos como si quisiera volar, se saca la gorra que siempre lleva puesta y gira sobre sus talones y, además, siempre tiene la palabra, y también es el que carga el " bagayo", el dealer que en su (o mejor en términos policiales: es el sujeto que comercializa y al que al momento de ser detenido –en el caso de un inevitable allanamiento– se le secuestra un envoltorio de nylon, el cual "contenía una sustancia –que según los análisis de los laboratorios de la fuerza– determinaron que dicha sustancia era compatible en un noventa por ciento con la cocaína de máxima pureza") pantalón lleno de bolsillos, la increíble bolsa de cocaí-

na con unos 15 gramos de máxima pureza.

A cada rato saca la bolsa y la mira como un buscador de oro que por la noche, en una taberna sucia de techo de paja y paredes de bambú, metida en lo profundo del Amazonas mira la bolsa de pepitas que encontró durante toda la jornada, aún sin poder creer que tiene oro en sus manos, y que ese oro le pertenece, la palpa, la gira a la luz del foco y sonríe estúpidamente, luego se pone serio y escucha la música, la letra de la Mona: "…es la novia blanca, la que se pesa gramo a gramo en la balanza…", luego en su mirada se descubren destellos de malicia que brillan como diamantes pequeños en las pupilas dilatadas. Habla, dice algo, vuelve a mover los brazos, hace algunas caras, algunas muecas y vuelve a sacar la bolsa blanca atada con otra bolsa de plástico. Usa los dientes, desata la tira y abre la bolsa, huele la "merca" y el corazón le galopa como un caballo a punto de reventar, agarra la cuchilla. Con la punta saca casi un gramo y lo tira sobre el mármol, busca algo en la mesa ocupada con paquetes de vicios y encuentra una tapita de plástico, se la pone a modo de dedal en el índice y el anular y con la parte lisa de la tapita aplasta la mancha de "milonga" para que se muelan las piedritas que le raspan el tubo nasal: "Luis Miguel tiene un tubo de platino en el naso, porque se lo quemó de tanto tomar de la rica" –dice y los movimientos faciales y corporales otra vez, sonríe y vuelve a concentrarse en su tarea, se acomoda la visera de la gorra desteñida.

Con la licencia de conducir ensaya una raya que se desliza a todo lo largo de la lonja de mármol, una línea monstruosa que los demás miran de reojo, envidiosos. Algunos, frente a este desenfreno, se peinan con la mano transpirada, nerviosos, otros miran el piso sucio con las manos entrelazadas como rezando, como monaguillos sumisos el domingo por la mañana en la iglesia, los que están con su hembra hunden su hocico en el cuello de ella y tratan de olvidar semejante atrevimiento en besos secos y olores hormonales que en la psicología de los "milongueros" nunca van a alcanzar para reemplazar la satisfacción increíble y mentirosa de la gruesa línea blanca que se está por tomar ese tipo, sin convidar a nadie.

El sujeto en cuestión extrae un billete de cien pesos, casi nuevo, lo enrolla como un tubito, como un sorbete y sonríe altanero, respira profundo, baila un poco de cuarteto y por fin habla: –"esta es la raya del Diego" –dice, se dobla hacia adelante, se mete el tubo de cien pesos en la nariz y aspira como un oso hormiguero a termitas sabrosas de un tronco caído. La raya desaparece lentamente por el tubo, los demás sacan de algún bolsillo las bolsitas pequeñas de un gramo que antes le compraron a veinte pesos cada uno y con una tarjeta de teléfono extraen una puntita, un modesto "virulo", una cantidad que deberán cuidar y racionar porque la noche recién comienza y ya se les acabó la plata, porque en este mundo: –"si te gusta la merluza y sos seco vas al muere" –dice el Rana y ensaya un bailecito de cuarteto que acompaña con su sonrisa de dientes torcidos.

EL MOZO

Día lunes, dos de la tarde. Verano en sierras de Córdoba. Calor, turismo, Cosquín, folclore.

La terminal está llena de gente cargada con bolsos de mano, bolsos de plástico pesados, esos que cortan hombros y revientan la columna de quien los carga. Siempre son viejos o jóvenes inexpertos, ambos con excedentes, extensión de sus roperos y la vida sedentaria. Los viejos hacen fila en la puerta del baño, pagan la cuota mínima en efectivo y excretan las nuevas dietas de las vacaciones.

El mozo del bar de la terminal, un hombre alto y huesudo de cejas prominentes, se esconde del dueño del bar, un hombre gordo y grasiento, éste lo mira con ojos de búho desde atrás de la barra lustrosa, una columna de cemento pintada de color rosa le sirve al mozo de coartada… descansa parado del calor, como los caballos, descansa de su camisa transpirada, y de sus zapatos mocasines.

Piensa con su cabeza semipelada, cierra los ojos, la rejilla húmeda y negra sobre la mesa de madera, como un juguete de trapo gastado de golpes y maltratos de un niño travieso. Enciende un cigarro berreta, se mete el dedo en la oreja peluda y extrae el dedo grasiento de cera que luego limpia en la rejilla, se sienta por fin y el espaldar de la silla cruje, se queja, sede a la espalda ancha del mozo.

La camisa blanca, casi transparente de tanto lavar, el pantalón negro, zurcido en la entrepierna, mocasines con taco de madera y hebilla de los que ya no vienen o nadie usa, esos que sirven para ir a bailar los viernes por la noche a algún salón para solos y solas y donde tocan bandas en vivo, que generalmente es un tipo bastante maduro con un teclado y otro más joven con una guitarra eléctrica.

El mozo mira su reloj gigante en la muñeca peluda, se mete el mismo dedo de la oreja, pero ahora en la nariz, intenta despegar la capa de mocos secos que se adhieren a las paredes nasales, le duele, el dedo índice parece un gusano que no quiere salir, si no entrar de nuevo en un capullo más estrecho, le cuesta despegar la capa que seca el viento norte y que una vez que se fusiona conjuntamente con los pelos se forma esa pasta similar al adobe que se elabora con arcilla y paja brava de monte.

El mozo ahora mira despreocupado un par de tetas que parecen también mirarlo a él con sus ojos de pezones salientes.

El humo de su cigarro perfuma de vicio sus patillas anchas y canosas. Aplasta con el taco de madera la última seca del cigarro y de reojo mira otra vez las tetas: "otro clavo para el gamulán de madera" -piensa, se acomoda la manga de la camisa mojada de transpiración, vuelve a mirar las tetas increíbles que ahora reposan sobre la mesa mientras su dueña escucha una conversación.

El mozo descubre un vaso de trago largo transpirado con medio contenido de seven up y aplica un fondo blanco de burbujas calientes, mira otra vez la hora y escupe en el piso.

En el bolsillo de la camisa blanca se trasluce la marca de los cigarros berretas,

se para al fin y un mechón de pelo suave, el único que habita en la calvicie, teñido de colorado, se para con el impulso, como una antena, como un pequeño cuernito insospechable; se seca la frente con un pañuelo amarillo que saca del bolsillo trasero del pantalón negro y en un movimiento nervioso, como recordando algo justo a tiempo palpa el otro bolsillo trasero del pantalón, el que contiene las propinas, entonces las toquetea, las cuenta sin mirar, las mide por su peso y tamaño, como un ciego. En la azotea hace números, la antena de pelo como una extensión de la calculadora mental interior comienza a decaer lentamente, como una pluma.

De repente se mete las manos en los bolsillos delanteros y se dirige con paso firme y apresurado hacia el pasillo, los mocasines deslizándose en el piso húmedo, la cara de un patinador amateur, la antena se para otra vez y se dobla un poco por la velocidad, su patrón lo descubre… La papada del patrón se inclina hacia donde dirige sus ojos saltones, como si su cabeza y su cuello formaran una sola pieza de esas de silicona por fuera y estructuras de metal por dentro, como los muñecos que construye la industria del cine para las películas como la guerra de las galaxias, hace un gesto de interrogación, exige explicaciones, levanta la mano y deja la boca abierta, pero ya es tarde, el mozo se está cagando.

MATÍAS ATENCIO

Nació en 1978 en la ciudad de Villa María, ciudad en la que aún vive. Es artesano, músico y malabarista. Estudió Comunicación Social en el Instituto Nacional de Educación Superior del Centro de la República (INESCER). Es estudiante de la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Nacional de Villa María. Publicó sus trabajos periodísticos y literarios en revistas locales y provinciales. En 2008 sus cuentos integraron la antología Voces de este río (Eduvim). Fue editor responsable de la revista de rock La máquina. Hoy está totalmente dedicado a trabajar en medios de comunicación alternativos.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación

200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO
LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL DE LECTURA
PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA

eduvim